

AUGUSTO ROA BASTOS

así se reescribe la historia

RAMON CHAO

JOSE Gaspar Rodríguez de Francia fue un Robespierre latinoamericano. Su modelo era la Revolución francesa; su autor predilecto, Jean Jacques Rousseau; su religión, la razón. Tomó el poder en 1812, y se proclamó "Dictador perpetuo". Hasta 1840 se esforzó en realizar sus ideas, cometiendo excesos lamentables. Sin embargo, preservó la independencia de su país, codiciado por el ya voraz Brasil, por el Uruguay de Artigas y por Argentina, a instancias de Inglaterra. Rodeó a Paraguay de un infranqueable telón de acero y dio una conciencia nacional a su pueblo.

Para muchos paraguayos contemporáneos suyos, Francia era "un santo laico". Simón Bolívar, en cambio, trató de organizar una expedición para "desembarazarse de esa bestia". Hasta ahora, la historia oficial sólo ha presentado sus aspectos negativos.

En efecto, la oligarquía paraguaya jamás perdonó a Francia el haber eliminado los latifundios, para crear las **Estancias de la Patria**, granjas colectivas planificadas y con diversidad de cultivos. Con ellas logró el Dictador colmar las necesidades de su país e incluso exportar mercancías. Nunca olvidó la burguesía latinoamericana que Francia transformó la vida pública, instaurando una "moral franciscana", imponiendo un régimen fiscal justo y abriendo escuelas, hasta el punto de que en cierto momento de la historia de Paraguay esta nación no tenía anal-fabetos. El Dictador terminó, entre otras muchas cosas, con la casta militar, tras haber reorganizado al Ejército eliminando a los "mariscales de Imperio".

"Yo, el supremo", de Augusto Roa Bastos, no es un título más de otro libro sobre dictadores: "Facundo", "Señor Presidente", "El otoño del patriarca", "El recurso del método", sin olvidarnos de "Tirano Banderas". Todos ellos sobre personajes imaginarios o síntesis de distintos caudillos. El objeto de esta novela —más que el sujeto— es exclusivamente Francia, cuyo nombre no se cita en ningún momento. Pero Roa Bastos no se presenta como autor, sino como **compilador**. "El pueblo griego llamado Homero compuso *La Ilíada*", dice en cierto momento el Dictador. Roa Bastos también cumple una misión profética: recoge la memoria colectiva del pueblo, y del Supremo Dictador

(tomado en el sentido de **el que dicta**), plantea los problemas antagónicos entre las dos lenguas que forjan la nación paraguaya (guaraní y castellano), funde en un documento único las montañas de actas consultadas y los miles de horas de grabaciones recogidas por todos los rincones del país, a viejos campesinos, y entrega al mundo una obra en la que se encierra el pasado de un pueblo y preserva su porvenir. Paraguay sobrevivió a la agresión de la Triple Alianza y a la guerra del Chaco gracias a la herencia de Francia; vencerá a Stroessner y se lo deberemos, en parte, al compilador.

Nacido en 1917, Roa Bastos ha dedicado su vida a la búsqueda de la identidad paraguaya. Testigo, en 1934, de la guerra del Chaco, toda su obra, "El Trueno entre las hojas" (1953), "El baldío" (1966), "Madera quemada" (1967), "Moriencia" (1969), "Hijo de hombre" (1960), y ahora, "Yo, el supremo", es un himno a la bravura de ese pueblo que supo afrontar, en la proporción de uno contra diez, dos violentas invasiones. Lo cual va de par con su empeño en devolver a los paraguayos su cultura y su historia. Sin ellas, dice Le Roy Jones, "los pueblos estarán siempre a la merced de los amos".

Yo, el Supremo Dictador de la República.

Ordeno que al acaecer mi muerte mi cadáver sea decapitado, la cabeza puesta en una pica por tres días en la Plaza de la República, donde se convocará al pueblo al son de las campanas echadas a vuelo.

Todos mis servidores civiles y militares sufrirán pena de horca. Sus cadáveres serán enterrados en potreros de extramuros sin cruz ni marca que memore sus nombres.

Al término del dicho plazo, mando que mis restos sean quemados y las cenizas arrojadas al río...

El Compilador

Bueno, todo eso forma parte de lo que yo llamo la **trampa imaginativa**. Esta especie de trampa que se coloca no para atrapar la ingenuidad del lector, sino para inducirlo a extraer conclusiones más profundas. No se puede decir directamente a un lector: "Yo quiero decir tal cosa"; a veces, en lugar de una **develación**, de un descubrimiento, un autor procede por **encubrimientos**. Es decir, que la verdad no puede ser revelada, sino ocultándola. Entonces eso de los documentos consultados, de las horas calculadas muy minuciosamente forma parte del gran

cuento que es la novela. Es su propio mecanismo. Yo no he tratado de estar la credulidad del lector, aunque leer casi siempre consiste en ser embaucado, como decía creo que Raymond Roussel. Lo que he tratado de hacer es dar pistas. Por ejemplo, la cuestión de las grabaciones, de las quince mil horas de grabación. Este es un punto que ha despertado absurdamente la curiosidad de muchos estudiosos. Muchos de ellos han hecho cálculos, y llegaron a la conclusión de la imposibilidad de grabar quince mil horas. Yo he grabado relaciones de ancianos (no para la novela, sino ya con anterioridad, cuando era periodista en el Paraguay, hasta el año 1947, tras recorridos por todo el país) que pudieran arrojarme al rostro ese aliento de la Historia viva que estaba encerrada en ellos. Uno de ellos era precisamente el descendiente (eso sí es verdad) de Mateo Fleitas, que fue el primer amanuense de Francia. Y también, por supuesto, yo tenía la sensación de que los relatos de estos ancianos, de estos portadores de la memoria colectiva, había que escucharlos con un sentido de transcripción mítica de lo que decían. No de verdad manifiesta, ni de verdad concreta y efectiva. Hay, por supuesto, documentos de carácter histórico que están mantenidos con sus comillas, y esos serían los únicos documentos reales. Ahora todos los demás son también documentos inventados, traspuestos o alterados. Incluso alteré fragmentos de libros sobre Francia de los clásicos, como el de los hermanos Robertson en sus "Cartas sobre el Paraguay". No lo hice por capricho, sino para adaptarlos a la pertinencia del discurso relativo.

De manera que en este tren de rehacer una historia imaginaria, yo me he tomado todas las libertades que pude, dando, sin embargo, las pistas necesarias para que el lector que estuviese interesado en acudir a las fuentes no se sintiera burlado.

Los llamarán Libros de Historia, novelas, relaciones de hechos imaginarios adobados al gusto del momento o de sus intereses. Profetas del pasado, contarán en ellos sus inventadas patrañas, la historia de lo que no ha pasado. Lo que no sería del todo malo si su imaginación fuese pasablemente buena. Historiadores y novelistas encuadrarán sus embustes y los venderán a muy buen precio. A ellos no les interesa contar los hechos, sino contar que los cuentan.

Por ahora la posteridad no nos interesa a nosotros. La posteridad no se regala a nadie. Algún día retrocederá a buscarnos. ¿Quién escribirá esos libros? Gente ignorante como tú. Escribe de profesión. Embusteros fariseos. Imbéciles compiladores de escritos no menos imbéciles. Las palabras de mando, de autoridad, palabras por encima de las palabras, serán transformadas en palabras de astucia, de mentira.

El Compilador

En sentido general, comparto esa frase, y podría decir, ya desde un ángulo de la historia o de la historiografía latinoamericana, que realmente hasta hoy no puede decirse que haya una historia de América Latina, sino una historia de la dominación de esta América Latina. Porque la historiografía liberal, sobre todo, ha hecho una cantidad enorme de confusiones con respecto a los hechos principales, a los hechos más significativos de la historia latinoamericana. De modo que para mí, realmente, si: los amos —en este caso la dominación— han escrito una historia de la dominación, más que la historia de nuestros pueblos. Si la Historia puede considerarse como la búsqueda de estructuras significativas sobre el trabajo de los pueblos para su liberación y su transformación, podría decirse que esa historia está por escribirse en América Latina, salvo ya en algunos lugares, como es el caso de Cuba, por ejemplo, o en algunos momentos, en nuestra historia vivida, nuestra historia real, objetiva —no la escrita— en el Paraguay. Es el caso, por ejemplo, justamente, de la historia en el tramo de la dictadura de Gaspar José Rodríguez de Francia, que fue el director civil de la emancipación del Paraguay, y logró en América Latina el primer experimento real, efectivo de autodeterminación, de soberanía nacional y de integridad territorial. Asentó las bases para que Paraguay pudiera luego llegar a ser la nación más adelantada de América Latina, a mitad del siglo pasado.

Las formas desaparecen, las palabras quedan, para significar lo imposible. Ninguna historia puede ser contada. Ninguna historia que valga la pena ser contada. Mas el verdadero lenguaje no nació todavía. Los animales se comunican entre ellos, sin palabras, mejor que nosotros, ufanos de haberlas inventado con la materia prima de lo quimérico. Sin fundamento. Ninguna relación con la vida.



Augusto Roa Bastos, memoria colectiva de todo un pueblo.

El Compilador

Pienso que es aventurado todo tipo de afirmación así muy tajante. Como compilador de esta novela, yo creo que el elemento que se ha manejado constantemente ha sido la incertidumbre y la angustia existencial, la angustia histórica de una colectividad en la cual él está insertado, y forma parte de un tejido vivo. Yo me resistiría a decir: "Esto quiere decir tal cosa", hacer una interpretación de las propuestas y del proyecto en sí mismo de la novela. Me parece, al menos por mi parte, de un riesgo casi inútil; no aclararía nada. Incluso el que yo hable de la novela no tiene un sentido muy preciso. Salvo el de divagar sobre ella como un autor cualquiera, alguien que solamente tuvo el privilegio de ser el primer autor en orden cronológico.

De manera que muchas de las características, muchos de los rasgos con que aparece retratado Francia en la novela son también rasgos y características inventados, que pertenecen a la imaginación. Este miedo a la palabra, por ejemplo, de Francia, hay que atribuirlo, más vale, al escriba, al compilador. El compilador es un personaje muy importante, que ha sido descuidado por la crítica, a mi juicio. Yo creo que es el eje significativo de la novela. No es casual el hecho de que en esta infracción al concepto tradicional de autor haya realmente una propuesta cuyo sentido ha escapado en general, no ha interesado al análisis crítico. Pienso que todo lo que se atribuya al dictador real, al dictador que fue Francia, sería aventurado. Había que, más vale, atribuirlo a la mala memoria o al falso olvido del compilador.

¿De qué me acusan estos anónimos papalarios? ¿De haber dado a este pueblo una Patria libre, independiente, soberana? Lo que es más importante, ¿de haberle dado el sentimiento de Patria? ¿De haberla defendido desde su nacimiento contra los embates de sus enemigos de dentro y de fuera? ¿De esto me acusan?

El Compilador

Es justamente eso. Hay un descuido en confundir la figura de Francia con la de un déspota común, como son nuestros dictadores u hombres fuertes, esa galería de tiranos, de déspotas, de caciques, con toda la gradación, toda la tipología de lo que hoy se llama el dictador. Yo creo que por un error de semántica, porque dictador, en el sentido de la legislación romana, fueron Francia, fue un liberador como Bolívar, lo fue también San Martín. En aquel tiempo la palabra dictador tenía esta connotación de la herencia del derecho romano, de la legislación romana y sus figuras. Ahora la palabra dictador ha quedado como un estereotipo para designar a estos déspotas, a estos jefezuelos que han estado siempre en alianza con las oligarquías nativas y, por lo tanto, con la dominación de los intereses extranjeros. De manera que Francia es el único personaje histórico que puede decirse que ha sido un libertador, al mismo tiempo que un dictador. Esto no quiere decir de ninguna manera que todo el trayecto histórico de Francia pueda ser rescatable, y caer en el otro extremo, que sería, a mi modo de ver, falso, de endiosar a Francia como una figura infalible.

No me vengas con recomendaciones, Efigenio, y menos a favor de ese insignificante comillon que tiene además el vicio de metarse la mano en las bragas en plena marcha para ir regalándose con la herencia recogida en los dedos. ¿Qué es esto de ir oliéndose sigiladamente los efluvios prepuciales? ¿Qué es esto de ir tocándose el pito mientras toca la trompa? Ya recibí varios palos por esta fea costumbre. Se le mandó hacer un pantalón especial, sin bragueta. Ahora lleva descosidas por dentro las faltriqueras. Menos mal que será un buen alférez en la guerra contra la Triple Alianza. A un héroe futuro pueden dispensársele algunos vicios presentes.

El Compilador

El lo hacía todo. Vigilaba desde el trabajo de las costureras que hacían los uniformes de los soldados hasta las finanzas del país, centavo por centavo. Ejercía una dictadura muy "sui generis".

El poder absoluto, teniendo en cuenta la experiencia de la Historia, corrompe siempre. Sobre todo cuando se trata de un poder unipersonal. Es una ley dialéctica, incluso porque este poder, que sólo puede emanar de la soberanía popular, una vez delegado en una persona, se va alejando de sus fuentes y acaba por invertir su signo, se convierte en un poder destructor, un poder que niega su origen, en un poder que se niega a refundirse en esa fuente del poder natural que es la colectividad. De manera que, a mi juicio, todo poder absoluto ejercido de forma discrecional y unipersonal no sola-

A. KRIEGL

Los Comunistas Franceses
600 ptas.

COLECTIVO YENAN

Marxismo-leninismo
y Revisionismo frente
a la Crisis Económica
250 ptas.

L. MARCOU

La Kominform
500 ptas.

S. de BRUNHOFF

Estado y Capital
350 ptas.

P. ROBINSON

La Modernización
del Sexo
390 ptas.

G. BERLINGUER

Malaria Urbana
600 ptas.

G. E. WELLWARTH

Spanish Underground
Drama
300 ptas.

G. BATAILLE

Lo Imposible
250 ptas.

G. BACHELARD

La dialéctica
de la duración
300 ptas.

EDITORIAL VILLALAR
C/ Puerto Rico, núm. 3
MADRID - 16.

mente acaba por corromper, sino que es esencialmente corruptor.

No se le puede comparar a Enver Hodja ni a Stalin, como usted hace, porque si bien Stalin representa el núcleo de un poder unipersonalista, estaba rodeado por un equipo burocrático, que es el que ha dejado también su huella en todo este tramo de la historia política del pueblo soviético.

Tampoco admite comparación con otros dictadores o con otros personajes de novela. Francia logró, como jefe civil de la emancipación del Paraguay, lo que no consiguieron los grandes libertadores de América Latina. Hoy, con nuestra perspectiva histórica nos parece la obra de un demiurgo, pero no fue ninguna utopía: durante más de medio siglo (hasta el arrasamiento del Paraguay por la guerra de la Triple Alianza), la vieja aspiración de un pueblo a ser dueño de su destino pudo ser un hecho concreto.

Aquí, en Asunción, los acólitos realistas, los porteños disfrazados de borbonarios, gachupines, porteñistas, merodean en torno a la sordera del gobernador Velasco. Se le meten por el cornetín. Le salen por la otra oreja agorando presagios de desastre. La primera invasión inglesa a Buenos Aires y la huida del virrey Sobremonte, le producen un derrame que le tapa a medias el ojo izquierdo. La segunda, con el franchute Liniers como virrey interino, le pone rígida la comisura de la boca.

El Compilador

Hace pocos días yo establecía que el antecedente de la novela de la dictadura en América Latina es Ramón del Valle-Inclán. Uno de los participantes en ese coloquio (1) mantuvo que "Tirano Banderas" era una simple caricatura. Pero también se podría decir, con esos argumentos, que la novela de García Márquez "El otoño del patriarca" se trata también de una caricatura. Este señor no recuerda que en la novela de Valle-Inclán están los esperpentos, está Goya, está el sentido trágico que se percibe detrás de toda deformación de la realidad, sobre todo en la grandeza con que lo logró Valle-Inclán. Yo creo que es, además, desde el punto de vista de su estructura, como obra novelística, es de una perfección total. Es cierto que ha habido otras novelas de la dictadura antes que "Tirano Banderas", pero hablamos de un proceso coherente que comienza en este siglo.

*Cuando era joven
guitarreando
guitarreando
pasaba el tiempo
pasaba y pasaba
pasaba avá avá
avá avatisoka ***

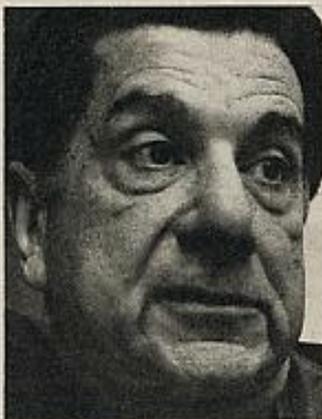
(1) En París, en la FNAC, el 18 de marzo de 1978.

AUGUSTO ROA BASTOS

La lengua del señor está ahora en poder del señor gusano. Ji, ji, ji.

El Compilador

Nosotros en Paraguay tenemos un conflicto lingüístico, una vida sociolingüística muy complicada por la existencia de dos idiomas: el guaraní, idioma indígena de tradición oral, que ha llegado a la escritura a través de la notación gráfica del alfabeto castellano y el idioma oficial, el castellano o español. De manera que el Paraguay es, pudiéramos decir, de una manera simplista..., el único país bilingüe de América Latina. Esto de bilingüe podría ser discutido y precisado. En sustancia, lo que quiero decir es que hay dos idiomas que lejos de ser complementarios, lejos de ayudarse y de ser elementos de comunicación de toda una colectividad, se interfieren mutuamente. Porque los genios respectivos de cada idioma son contrarios. El guaraní es un idio-



"Me he tomado todas las libertades, dando, sin embargo, las pistas necesarias para que el lector no se sintiera burlado".

ma de estructura aglutinante y el español es un idioma de flexión, y se han estado batiendo en un duelo que dura cuatro siglos. Esto ha dejado una marca muy importante en la sensibilidad de los paraguayos. Hay una dicotomía profunda. Yo suelo decir a veces cuando estoy un poco enojado por estos problemas —seguramente porque estoy dominado por ellos—, que hay una especie de esquizofrenia sociolingüística en el Paraguay que hace muy difícil el ejercicio de la literatura. Quizá esta sea la explicación, entre otras, desde el punto de vista funcional, de la inexistencia de una literatura en Paraguay. Ahora en "Yo, el supremo" he tratado de hacer una experiencia de simbiosis de sincretismo entre las dos lenguas, apoyándome mucho más en esta especie de estrato subyacente del guaraní, que me permitió dar varias capas, varios niveles, al texto en sí mismo. Digamos que, probablemente,

el eje de expresión ha sido construido sobre esta veta profunda del sincretismo lingüístico, apoyado sobre la línea fuerte del guaraní, su expresión oral. De ahí también provendría seguramente (hago una conjetura) ese temor a la escritura: es una especie de saqueo de la expresión oral.

El aya me ha dicho que eres el cráneo de un indio. ¡No, rapazuelo, no! ¿Cómo hablaría entonces castellano antiguo de la propia Castilla la Vieja? Con acento manchego, si pides más. Claro, no estás ducho aún en el arte de los sonidos del lenguaje. De lo contrario sabrías la cosa verede de que soy un redomado hideputa.

El Compilador

Toda lengua que ha tenido esa función de ser el instrumento mediador de la dominación ha conservado sus privilegios. El español sigue siendo la lengua de la dominación en el Paraguay, desde el momento que es también la lengua oficial. Y el guaraní es la lengua dominada. Esto que en términos de la lingüística contemporánea se llama el fenómeno de diglosia, que ocurre también en España, y que ha sido muy bien estudiado, sobre todo en Cataluña, por algunos lingüistas como Vallverdú y otros, que han hecho trabajos muy interesantes, y que nos sirven a nosotros como modelos.

Nosotros pertenecemos al estrato dominante, como escritores pequeño burgueses; estamos expresándonos en la lengua materna, que es la lengua de la dominación, pero del otro lado hay también un vector de fuerza, que es la lengua dominada, que nos resulta fascinante por el hecho mismo de que nosotros nos estamos enfrentando a esa otra vertiente que se nos escapa, como detentadores de la dominación. Y el atributo de la dominación en este caso es la lengua, el español. De manera que este problema también exige una dura labor, un trabajo incesante, de excavación dentro de uno mismo y también de excavación dentro de la materialidad de una realidad sociolingüística para superar estos problemas.

Pero, en definitiva, ¿qué es lo que busca un novelista, un artista, cualquiera que sea el lenguaje que utilice, sino la búsqueda de su propia identidad? Más que la comunicación con los otros es la búsqueda de sí mismo, la interrogación de sí mismo a través de mediaciones profundamente suscitadoras, incluso muchas veces indecibles, como es, por ejemplo, el meterse de lleno no solamente en el mundo, sino en ese pellejo un poco misterioso de este personaje llamado dictador Francia, cuyo nombre, por otra parte, se omite sistemáticamente en la novela, como usted habrá visto. ■ **Declaraciones recogidas en magnetófono por RAMON CHAO.**